

Diógenes

Noticiario

El Instituto Germano-chileno de Cultura, ha publicado en un pequeño volumen la historia del Instituto Pedagógico de Santiago, cuya creación se debe en su mayor parte a don Valentín Letelier, autor del libro a que nos referimos. Este ilustre educador dedicó la mayor parte de su vida y de sus desvelos a luchar en favor de la reforma de los sistemas educacionales de nuestro país que adolecían de defectos fundamentales. Hasta fines del siglo pasado no existía en Chile un Instituto de educación superior en el cual se formarían educadores aptos para darle a la enseñanza del Estado una organización eficiente, moldeada en los sistemas europeos. En esa época el profesorado de los liceos fiscales, se improvisaba, y así se veía muy a menudo el caso de que un médico era profesor de Ciencias Naturales y un abogado, de Castellano o de Matemáticas. Y aun cuando estos profesores contaban con los conocimientos necesarios para la enseñanza, les faltaban los conocimientos pedagógicos para seguir un plan ordenado y metódico que les permitiera ajustar sus lecciones a un programa definido.

Don Valentín Letelier, que tenía alma de maestro y que se daba cuenta cabal de las fallas esenciales de nuestra educación, comenzó entonces su campaña tratando de obtener de los poderes públicos la contratación de una misión educacional europea que viniera a organizar en nuestro país un instituto en el cual se formarían los maestros para la educación secun-

daria. Pero el famoso sistema parlamentario tuvo en gran parte la culpa de que las gestiones del señor Letelier fracasaran, aun cuando contaba en favor de su proyecto con las mejores disposiciones de los Ministros de Instrucción Pública. Pero ocurría que estos Ministros se sucedían en el Gobierno con una rapidez vertiginosa, de tal manera que en cada oportunidad don Valentín se veía obligado a renovar su empeño y a explicar los fundamentos de él. Hasta que por fin se encontró con un hombre dispuesto a ejecutar rápidamente estas diligencias.

Fue él don Federico Puga Borne, quien estaba en 1888, al frente del Ministerio de Instrucción, y dió, apenas oída la exposición que le hizo el señor Letelier, la orden cablegráfica a nuestro Ministro en Berlín don Domingo Gana para que contratara seis profesores alemanes, entre los de más prestigio en las Universidades germanas, para que se trasladaran a Chile a fundar el Instituto Pedagógico.

La labor desarrollada por estos maestros fué, como es sabido, óptima. Y tanto que la educación chilena fué adquiriendo un prestigio continental, que día a día se ha ido robusteciendo. En esta historia del Instituto Pedagógico don Valentín Letelier hace una breve biografía de cada uno de esos maestros alemanes a quienes la educación chilena debe tanto, tales como Lenz, Johow, Hansen, Poenisch, Bonn, Tafelmacher, Schneider, Steffen y otros nombres que merecen la gratitud de Chile.

* * *

La Universidad de Buenos Aires, invitó el año pasado al escritor y profesor Mariano Latorre, a dictar en ella un ciclo de conferencias sobre literatura chilena. Estas conferencias van a ser ahora publicadas en un volumen editado en las prensas de esa Universidad, y aparecerá este año.

Dicho volumen llevará el título de «La literatura de Chile», y contendrá los siguientes aspectos de ella:

1.º—El escenario. El paisaje. El hombre. 2.º—Los escritores de la Colonia. 3.º—La novela santiaguina. La clase alta. La clase media. El pueblo.—4.º La novela provinciana. Ciudad. Aldea. Campo.—5.º El cuento chileno.—6.º La poesía chilena.

Limitado por el espacio que la Universidad de Buenos Aires le fijó, Latorre no ha podido incluir en este volumen un capítulo que corresponde a la novela psicológica y poemática. Otro de gran extensión sobre teatro chileno y un tercero sobre los historiadores y ensayistas.

El autor proyecta hacer en Chile una edición completa de su trabajo con el resto del material, que por la circunstancia anotada no pudo ser incluido en el volumen de cuya aparición en Argentina, damos cuenta,

* * *

Páginas de apasionante actualidad son las que contiene el libro «J'accuse», de André Simone, recientemente editado por Zig-Zag. En ellas se da una visión completa de todos los acontecimientos que se desarrollaron en Francia, en los días anteriores al terrible desastre que culminó en Dunkerque. Drama y tragedia de un pueblo que tenía derecho a vivir tranquilo y que, sin embargo, forzado por las circunstancias un poco, y otro poco por la imprevisión de sus gobernantes, se vió forzado a precipitarse en el brutal cataclismo de una guerra, cuyas consecuencias pesan ahora en forma dolorosa sobre el pueblo francés, que ha presenciado atónito el derrumbamiento de todo aquéllo en que cifró su orgullo y su fe.

Los acontecimientos que conocimos a través de las noticias del cable pasan por estas páginas henchidos de dramatismo y de angustia. Todos los entretelones de la política francesa han sido recorridos en estas páginas, en forma valiente y sin tapujos. Y así tenemos oportunidad de conocer con todas

sus debilidades y ambiciones a hombres como Bonnet, Laval, Petain, Daladier, Mandell, Reynaud, Chautemps y otros no menos conocidos.

Carleton Beals, el conocido periodista norteamericano, ha escrito el prólogo de este libro, que sin lugar a dudas provocará el más alto interés entre los lectores americanos que viven pendientes de las diversas alternativas que sigue el conflicto europeo. Copiamos la parte en que el periodista se refiere a la forma como está escrito y a su significación como documento de una época trascendental de la historia,

«Y Simone conoce tan bien a los franceses que asistieron a esa tremenda destrucción, y pinta con tal viveza la vertiginosa sucesión de los hechos, que el lector goza de un espectáculo real, de una acción alerta y rápida y del conocimiento íntimo de los caracteres y de los móviles humanos y sociales. Pasa por estas páginas el destello de ironía, emoción y comprensión que ilumina las páginas del gran Maupassant. Aquí está «Bola de Sebo», «El Collar de Diamantes» y el «Viaje de Mme. Tellier» trasladados a la política. Y no porque este volumen sea de ficción. El autor está muy bien informado, bien documentado y es rigurosamente exacto en este formidable «Yo acuso». Pues a uno le parece ver a Laval, rozagante como Mme. Tellier, diciendo de la guerra que hizo pedazos a Francia: «No todos los días tenemos una ocasión como ésta». Y luego con un ancho suspiro de su alto pecho, volver a sus proficuas labores habituales».

* * *

Una sutil tristeza, mística y acentrada, leve como la queja del viento, vela con delgadas sombras estos sonetos que Pedro Prado ha publicado con el título de «Otoño en las dunas». Es como si un recóndito dolor obsesionara al poeta y un inasible anhelo lo llamara desde remotas lejanías. Y entonces hace su alado peregrinaje con la mirada recogida, ausente de sí mismo, porque su pensamiento va cogido por hilos invisibles que

lo atan a su imagen, siempre la misma, que huye como una visión extraterrenal substrayéndose a toda concepción material.

Divide el poeta esta especie de periplo alucinado, en estancias en donde se detiene a meditar en la forma que dará a su canto. Ellas están hechas con todos los matices de su sentimiento, vertidos en moldes de clásica pureza, de ática finura. Sonetos cincelados por una sensibilidad exquisita que, sin embargo, tienen esa maravillosa sencillez que distinguió a los grandes clásicos de la poesía castellana. El soneto que copiamos de «Otoño en las dunas», dará al lector la impresión cabal de lo que hemos tratado de explicar acerca de los méritos de las composiciones que encierra este nuevo libro de Pedro Prado:

Ausencia silenciosa y prolongada,
tanto el recuerdo esculpe en el olvido,
ya tienes una voz y una mirada,
un regazo de niebla donde anido

mi doliente cabeza. Aquí callada
mejor me hablas, y vuélvese mi oído
en la sombra, el silencio y en la nada,
más sabio de entender su contenido.

La fiel imagen en tu ausencia vive,
y tanto te recuerda y te semeja,
que más perfuma cuanto más se aleja

tu sombra y tu destino; aquí concibe,
en inasible vértigo perdido,
latir mi amor viviendo en el olvido.

La crítica chilena no se ha preocupado de este libro de Prado en la forma que merece su alta calidad. Es sensible, porque libros como éste, que prestigian a una literatura no se producen sino muy de tarde en tarde.